

PECADOS PROPIOS

Meditaciones de P. Alfonso Torres, S.I.

Material extra (optativo)



LOS PECADOS PROPIOS¹

Después de la meditación que habrán hecho esta mañana, y que suele llamarse «de los tres pecados», pone San Ignacio otra de «los pecados propios». Meditábamos los pecados ajenos para sacar vergüenza y confusión de los pecados; pero aquí el Santo quiere que cada cual medite los que ha cometido, para sacar no sólo vergüenza, sino verdadero arrepentimiento: «crecido e intenso dolor y lágrimas de mis pecados». Estas son sus palabras. Vamos, pues, a seguir nosotros la intención del Santo. Ante todo, hagamos la oración preparatoria, ofreciendo las intenciones, acciones y operaciones todas a mayor servicio y alabanza de la divina Majestad.

La composición de lugar será la misma, o sea, considerar nuestra alma encarcelada en este cuerpo corruptible, y todo el hombre como desterrado entre brutos animales. La petición ya la hemos dicho, y ella indica el fruto que hemos de sacar: intenso dolor, verdaderos sentimientos de contrición.

San Ignacio propone en esta meditación cinco puntos: 1.º, el proceso de los pecados propios; 2.º, la malicia y fealdad que cada pecado cometido tiene en sí, dado que no fuese vedado; 3.º, mirarse el pecador en sí; 4.º, mirar al Dios que es ofendido, y 3.º, exclamación, admirativa la llama el Santo, de cómo el Señor no me ha castigado ya.

Punto primero, pecados propios. San Ignacio recomienda que se miren todos los pecados de la vida, no desde la última confesión, sino más bien todos. Acerca de esto conviene recordar que no se trata aquí de renovar o promover escrúpulos, sino de renovar el dolor; y digo que conviene advertirlo porque a veces el enemigo se vale de ellos para entretener al alma y que no procure el verdadero arrepentimiento. En segundo lugar propone el Santo el método para recordar fácilmente los pecados cometidos; propone se vayan mirando las diferentes épocas de la vida; p.ej., el religioso mire su vida en el siglo y su vida en la Religión, y aún esto lo subdivide: cuando era niño, luego ya mayor, etc.; recomienda San Ignacio, por ser provechoso, recordar tres cosas: *el lugar y la casa donde he habitado, la conversación que he tenido con otros y el oficio en que he vivido*, porque a veces este medio facilita para recordar las faltas. Yo quisiera que, en vez de contentarnos con hacerlo así, para ver si son graves o muchos pensáramos en algo que toca más de cerca al alma religiosa; algo que,

¹ P. ALFONSO TORRES, S.I., *EJERCICIOS ESPIRITUALES A LAS SALESAS - Renovación de la vida religiosa*, p. 38 - 43

aunque parezca que no, quizá sea de más importancia. Vamos a ver si les recuerdo algo a este fin. En primer término, la obligación grave de procurar la perfección; si descuidamos, si abandonamos esta obligación, sin duda ofendemos al Señor, y puede ser materia hasta de pecado grave; ya sé que es rarísimo este caso; pero, en cambio, da lugar a muchas faltas pequeñas, y es para nosotros materia de suma importancia, porque así como el fuego sagrado de los santos deseos ayuda a caminar por las sendas de la perfección, de la misma manera este fuego se amortigua, y la vida religiosa fácilmente se torna tibia si se multiplican las faltas aun pequeñas. En este punto del examen hemos, pues, de detenernos, para ver con qué afán o con qué descuido hemos cumplido hasta ahora esta obligación. Además, las gracias que toda alma religiosa y cada alma en particular recibe, la hacen adquirir, si las aprovecha bien, no pocos merecimientos; pero, si no las aprovecha, no menos responsabilidades. Hay un abuso de las gracias que consiste en ir derechamente contra lo que dicha gracia exige; pero no es menor abuso el seguir perezosamente las inspiraciones del Señor, el no sacar todo el provecho que se debe de aquellas gracias que el Espíritu Santo comunica; así, es materia de mucha importancia esta de la correspondencia a las gracias del Señor, pues de ella depende el que nos vayamos o santificando o extraviando. Todavía hay otro punto de examen en esta materia, y es las grandes responsabilidades de los que viven en comunidad; el religioso que vive en comunidad nunca permanece en posición infructuosa, siempre produce algo; su trato con sus hermanos, la vida común, sus acciones, sus palabras, siempre influyen en la comunidad en uno de estos dos sentidos: fomentando el fervor con su conversación y trato, con el ejemplo de su vida; y más aún que con lo exterior, con lo que tiene guardado en el corazón, no hay duda que contribuye a enfervorizar a sus hermanos. Pasa lo que dice San Juan de la Cruz de los que vacan a Dios: que dejan un no sé qué que ayuda a ir a ese Dios; cuanto dice, cuanto hace un alma así, llena de fervor a los que la rodean, En cambio, el religioso que no vive animado de ese fuego sagrado, amortigua, y, si queréis que lo diga con una palabra más propia, sirve para enfriar y entibiar todo un convento; sin buscarlo ni quererlo, contribuye con su tibieza a fomentarla en los demás; es lo que tiene dentro lo que sale afuera; sí ese perfume es «el buen olor de Jesucristo», inundamos y embalsamamos toda la casa; si, en vez de ese perfume, es otro, de la misma suerte lo difundimos a nuestro alrededor. Pensemos, pues, qué gran responsabilidad es para el alma religiosa el contribuir a que otras almas consagradas a Dios sean más fervorosas o se entibien; y sea éste –como he dicho– otro punto de nuestro examen. Todavía me atrevería a añadir otro.

Al entrar en Religión venimos buscando tres cosas: la propia santificación, la mayor glorificación del Señor y la salvación de las almas; nadie como el religioso debe desear y procurar que Dios sea más glorificado; no hay religioso que no tenga también por *norte* salvar almas; unos luchando, otros encerrados, todos tenemos esa obligación; sí es un mandato esta caridad para todos los cristianos, para nosotros los religiosos es una particular obligación, y en nosotros todo contribuirá a este fin, pero a medida de nuestro fervor; sí el alma religiosa está llena de fervor, glorificará mucho al Señor y salvará muchas almas. Miren si no es ésta otra responsabilidad y vean si no es de trascendencia nuestro mayor o menor fervor, pues él, aun en detalles insignificantes al parecer, influye, en último término, en la gloria de Dios y salvación

de las almas. Piensen ahora sobre ello; y, si han procurado cumplir esta obligación sagrada, den gracias al Señor por este favor que les ha otorgado; mas, si encontramos que nuestra vida ha sido una verdadera historia de infidelidades, es menester traerla ahora aquí para mirarla con ojos sobrenaturales; y vean cómo, sin quebrantar los mandamientos de la ley de Dios, puede nuestra vida estar llena de innumerables miserias, que consisten en no responder a la gracia con fidelidad, no glorificar al Señor cuanto debiéramos, no ayudar con nuestro fervor al de nuestros hermanos y no contribuir a la *salvación* de las almas. Esta consideración nos hará ver nuestra vida convertida en un abismo de ingratitudes.

Pues hagamos examen acerca de estas cosas con humildad y sinceridad, poniendo ante el Señor la muchedumbre de nuestras infidelidades, ingratitudes y quizá culpas. Esto respecto al primer punto, que San Ignacio llama el «proceso de los pecados».

El segundo punto lo propone el Santo de una manera un tanto enigmática, o sea, «la malicia que tienen en sí o tendrían esos pecados aunque no fuesen cosa vedada»; y quiere que sin filosofías, que secan el corazón, miremos así nuestros pecados, sin atender a más, pues es muy bastante para aborrecerlos. Pensemos un momento: si esos mismos pecados los viéramos en un hermano nuestro, ¿qué efecto nos harían? De horror, de menosprecio... ¡Qué temor al verle por camino tan dañoso!

¡Cómo nos espantaría la ceguera con que le veíamos ir por la senda de la infidelidad!... Pues volvamos los ojos a nosotros mismos... ¿Qué pensamos? Y si Nuestro Señor descubriera nuestro corazón a los demás, ¿qué pensarían si vieran la realidad de nuestra vida? Y dejando esto a un lado, ¿qué significa perder el camino que conduce a nuestro fin? ¿Qué seguirle perezosamente? ¿Qué es servir a Dios así después de tantas gracias y bendiciones tuyas?... Cada falta es muy bastante para hacer enrojecer al alma religiosa y hacerle sentir grandísimo horror. Pues hay que tener valor para mirar esas faltas y pecados, para mirarlos con humildad, cara a cara; el orgulloso no quiere mirarlos así para poder quitarles algo de su amargura e impedir que el alma se empaque del horror que le deben producir. Mirémoslos nosotros, repito, con valor y con humildad. Basta esta mirada para producir en el alma todo el horror que esos pecados merecen y basta para que el corazón se subleve contra nosotros mismos al ver cuán infieles e ingratos hemos sido con el Señor.

Quiere San Ignacio que después cada uno se mire a sí, en el tercer punto, «disminuyéndose por ejemplos». ¿Qué significado yo en comparación de la creación? Y va por grados: en comparación con los de la casa en que vivo, la ciudad donde moro, todo el universo, los ángeles y santos; y en esta comparación progresiva quiere que vaya ponderando las diferencias de la ciudad en que moro con el universo; de éste, con los ángeles; de los ángeles y bienaventurados y de toda la creación, con el mismo Dios, que es, como saben que dice un profeta, *una gotita insignificante de rocío*, y nada más; pues si esto es toda la creación comparada con Dios, ¿qué soy yo en toda esa creación? Un átomo impalpable, ¡nada! Pues si a esta pequeñez que es el hombre, que tan completa sumisión debía a Dios, se añade su corrupción, porque es un ser corrompido en el alma y en el cuerpo; éste no es más que un montón de inmundicias; el alma, un semillero de pecados, y todo el ser, una fuente de podredumbre insoportable; si, como dice San Ignacio, es «como una llaga y postema,

de donde han salido tantos pecados y maldades y ponzoña tan turpísima», pensemos (y es el cuarto punto) qué será que ese átomo corrompido se levante contra Dios. ¡Qué insensatez levantarse contra Aquel que es su fuerza y su todo! Esto ha de hacer que el alma se humille y se admire al ver ¡cuán grande ha sido la misericordia que el Señor ha derrochado con ella dignándose buscar en este átomo el descanso y la alegría de su corazón de Dios! Y añade el Santo que, cuando el alma se vea así, levante humildemente sus ojos, porque aquí es donde se adquiere el verdadero arrepentimiento; si viéramos, si comprendiéramos su omnipotencia, su justicia y su amor, habíamos de quedar asombrados, atónitos, de haber sido capaces de ofender y despreciar a ese Dios omnipotente, justísimo e infinitamente bueno y amoroso; atónitos considerando su poder, que con sólo levantar de nosotros su mano, que nos sostiene, quedaríamos sepultados en la nada de donde nos sacó; su justicia, que, si el amor no la hubiera detenido, hubiera ejecutado sobre nosotros sus castigos, y estaríamos quizá ya en los infiernos; su amor y su misericordia, que nos ha perdonado una, y otra, y cien veces, y que aún nos brinda con sus gracias y sus dones y quiere enriquecernos con su cielo.

¡Esa misericordia es la que hemos despreciado! ¡Qué ceguera, despreciar lo que es nuestro verdadero tesoro y nuestra gloria! ¿Adónde irá el alma pecadora si huye de la misericordia? ¿En quién esperará si no confía en la misericordia?

Y hemos sido tan insensatos, que hemos querido apartarnos de ese Dios, y nos hubiéramos perdido si Él, a pesar nuestro y completamente de balde, no hubiera trabajado por salvar nuestra alma. Añadamos a todo esto que este Dios nos ha amado con amor enteramente gratuito; cuando en nosotros no había nada que amar, nos amó para que existiéramos y nos dio el ser para enriquecernos y hacernos uno con Él; nos amó cuando no había nada en nosotros, nada en que poner sus ojos; su amor nos ha perdonado siempre, sin que hayan sido capaces todas nuestras infidelidades a apagar las llamas de ese amor: nos ha amado con amor de locura cuando por nosotros bajó a la tierra y murió en una cruz... Y a ese Dios que nos ha amado con locura, sin límites, de balde, antes que nosotros pudiéramos amarle, para ese Dios que así me ha amado he tenido yo un corazón duro, ingrato, frío y rebelde. Este corazón que yo le consagré y que en amarle había de cifrar toda su dicha, yo se lo he robado a mi Dios y lo he repartido entre las criaturas miserables, hambreado su amor, y para el único que he tenido el corazón frío ha sido para ese Dios que me amó el primero con amor gratuito y de locura. ¡Ah! ¡Nada descubre tanto la maldad del pecado como esta consideración!

San Ignacio quiere que, cuando hayamos llegado a este punto de la meditación, nos espantemos al ver cómo la naturaleza entera no se ha levantado contra nosotros: cómo los ángeles, celadores de la gloria divina, no han venido a castigar a tan ingrato pecador, cómo las cosas materiales, cómo la tierra, no se ha abierto para tragarle, y el cielo no ha lanzado sus rayos contra el hombre protervo. El Santo conocía todo esto y se espantaba, y así quiere que el alma en el quinto punto termine con una «exclamación admirativa», espantándose y asombrándose de que Dios la haya querido esperar, más aún, buscar y luchar por salvarla, a pesar de su ingratitud y miseria.

No repasemos estos puntos de una manera tan fría y reglamentaria; pensemos

ante Dios que, si no tenemos caridad, nada somos; apelemos para despertar a nuestra alma a todos los recursos: a la fealdad del pecado, a la avilantez nuestra, a la bondad de Dios, a sus castigos, a todo, hasta despertar en nosotros sentimientos de humilde contrición, como el real profeta David en el incomparable «cántico de los pecadores», como podemos llamar a su Miserere; al mirar nuestros pecados, se abate el corazón (nunca demasiado; ¡somos tan tardos!); se abate, pareciéndole que nunca va a salir adelante; pero ¡no!, que *lo podemos todo en Aquel que nos conforta*; confiemos, que su misericordia y su amor no tienen límites, y *donde abundó el delito sobreabundó la gracia*; y lo que acaba de deshacer el corazón es que todavía, todavía ahora ese Dios se nos da por entero, y tanto más plenamente cuanto más miserables...

¡Qué coloquios tendrá al llegar aquí el alma con Cristo crucificado! ¡Cómo le contará todas sus miserias! ¡Cómo se echará en sus brazos, prometiendo ya nunca abandonarle! ¡Cómo repetirá con San Pablo: *¿Quién me separará ya de la caridad de Cristo?!* ¡Oh! ¡Nada ni nadie me podrá ya atrancar de sus brazos! ¡Mi Dios me ama, exclamará; me lo ha demostrado siempre, y ahora sólo puedo presentarle como única ofrenda mis pecados; pero me ama siempre! ¡Y me abre también sus brazos! ¡Mi Dios me ama siempre! Pues bien, yo sacudiré el polvo de mis pecados y levantaré mis alas y me refugiaré en su corazón misericordioso, que es toda mi esperanza; y sé que no sólo quedaré limpia de mis pecados, sino que un día me refugiaré para siempre en su corazón en el cielo, que habré alcanzado por su misericordia.

Con estos coloquios acaben la meditación; procuren detenerse en aquello que les mueva; donde hallen la fuente del dolor, allí hagan pausa, para que así nuestro corazón miserable salga purificado y tengamos el consuelo de pensar que el Señor nos ha perdonado y nos bendice en paz.